

663

M
63
5

la uam en la crisis

reyes luján
aboites
campero
salazar
gil antón

cyad / azcapotzalco



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA



AZCAPOTZALCO
GOBI. MUNICIPAL

la uam en la crisis

0222672

reyes luján
aboites
campero
salazar
gil antón

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

Físico Sergio Reyes Luján
Rector General

Maestro Jorge Ruiz Dueñas
Secretario General

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Dr. Oscar M. González Cuevas
Rector

Lic. Carlos Pallán Figueroa
Secretario

DIVISION DE CIENCIAS Y ARTES PARA EL DISEÑO

Arq. Antonio Toca Fernández
Director

presentación

El Foro de Análisis y Evaluación que la División de Ciencias y Artes para el Diseño llevó a cabo del 27 al 29 de junio de 1983, representó para la comunidad de CYAD una oportunidad de reexaminar los objetivos de la Universidad en su conjunto y de la División en particular, así como sobre nuestras posibilidades de acción en el marco de la profunda crisis que vive el país.

El punto de partida de este período de evaluación se sitúa algunos meses atrás, cuando con la colaboración de más de 50 miembros de esta División se integraron comisiones de trabajo y se encargaron una serie de documentos de síntesis histórica, análisis del problema y propuestas en torno a diversos temas que quedaron clasificados en seis grupos: docencia, investigación, gestión, administración, formación de profesores y extensión y difusión.

El 27 de junio y dentro de las actividades del Foro, se realizó el Panel con el tema *Situación y Perspectivas de la Universidad Autónoma Metropolitana*, en el que participaron el Rector General de la UAM, Sergio Reyes Luján, el Secretario General del SITUAM, Hugo Aboites, y otros miembros de la comunidad universitaria de esta Unidad: Eduardo Campero, Jefe del Departamento de Energía de la División de Ciencias Básicas e Ingeniería, Luis Salazar, Jefe del Área de Formaciones Sociales de la División de Ciencias Sociales y Humanidades y Manuel Gil Antón, Secretario Académico de CYAD.

Hay que mencionar que tanto el Panel como las distintas actividades del Foro pudieron llevarse a cabo gracias a la colaboración de todos los asistentes, así como por la ayuda de los profesores Juan Guillermo Gerdingh y Juan Manuel López, quienes tuvieron a su cargo la coordinación general del Foro y la coordinación del Panel, respectivamente.

El presente volumen, que hoy se publica siguiendo el compromiso de difundir los distintos materiales del Foro, ha sido dividido en dos partes: *La UAM, situación y perspectivas*, que contiene las ponencias de los panelistas, y *Réplicas e Interrogantes*, la cual reúne las respuestas de los ponentes a las inquietudes expresadas por los asistentes a través de sus preguntas.

En un momento como el actual, en el que la Universidad se encuentra aislada de su entorno social y el Estado desatiende y minimiza la importancia del trabajo universitario, la variedad de opiniones y los diversos puntos de vista aquí plasmados contribuirán, sin duda alguna, a hacer nos reflexionar acerca de la relación de la Universidad con su contexto social en este horizonte de crisis.

**la uam
situación y
perspectivas**

sergio reyes luján

Muchas gracias a los organizadores de este foro por darme la oportunidad de externar algunas de las reflexiones que he hecho en días recientes, en torno a este asunto fundamental para nosotros que es la situación y perspectivas de la Universidad Autónoma Metropolitana.

En mi análisis, partiré de las siguientes bases:

- a) La situación del país es tal que, los mexicanos en general y los universitarios en particular, tenemos que preguntarnos, antes que todo y con toda exactitud, dónde estamos, para dónde vamos, con qué podemos contribuir en este esfuerzo nacional.
- b) El país se encuentra en serias dificultades, no solamente de carácter financiero, sino también en un momento de amplia inquietud de carácter social e inclusive de una efervescencia de carácter político.
- c) La situación financiera y la efervescencia por dar respuesta a algunos de los problemas que tenemos va a requerir un esfuerzo concertado de todos.
- d) Todo parece indicar que el gobierno federal va a señalar políticas, tanto generales como específicas para la educación superior, así como para la educación universitaria en particular.
- e) La situación financiera por la que estamos pasando requerirá una reorientación de los trabajos y de las posibilidades que tenemos a nuestro alcance.

La Universidad Autónoma Metropolitana es una institución a la cual se le ha exigido relativamente poco. Una institución a la cual se le ha permitido, como política oficial, dar plena respuesta a la demanda social en cuanto a la inscripción a sus carreras. A la que se le ha dado absoluta libertad en cuanto a la definición de sus políticas de investigación, aunque sean implícitas, y que se le ha dado absoluta libertad en cuanto a la integración de diversos currícula. La mejor prueba de estas afirmaciones radica en el hecho de que la Universidad, en unos cuantos años, ha integrado 50 currícula diferentes para las 39 licenciaturas en operación, para sus 17 maestrías y para el único doctorado con el que contamos.

**Físico. Realizó estudios de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1974 ingresó al Departamento de Física de la División de Ciencias Básicas e Ingeniería de la UAM Iztapalapa y desde diciembre de 1981 es Rector General de la UAM.*

También tuvimos, durante mucho tiempo, una gran cantidad de recursos que nos permitieron integrar una planta de trabajadores que rebasa ya los seis mil, de los cuales aproximadamente el 50 por ciento son miembros del personal académico y 50 por ciento son trabajadores administrativos. Recursos que nos han permitido integrar un plantel de profesores compuesto, actualmente, por un 70 por ciento de personal académico de carrera y únicamente un 30 por ciento de personal académico de tiempo parcial y que nos han permitido organizar tres unidades universitarias, cada una de las cuales cuenta con una infraestructura ya notable para atender a la demanda social en docencia y al compromiso que hicimos con el país en cuanto a líneas de investigación y extensión universitaria.

La situación actual de nuestra Universidad, afirmo, es la de una institución en la cual el crecimiento de los recursos financieros ha empezado a disminuir. Esto significa que ya no contaremos con un ritmo tan acelerado de financiamiento para todas las actividades que queramos impulsar o realizar, y que tendremos, necesariamente, que reorganizar nuestro trabajo académico y establecer prioridades con objeto de concentrar los recursos en un menor número de actividades.

No veo, en la situación actual, la posibilidad de que sigamos ampliando las líneas de investigación, de que sigamos ampliando, al ritmo en el que lo hemos hecho hasta ahora, los diferentes planes y programas de estudio y, mucho menos, de que sigamos ampliando nuestra plantilla de trabajadores en la Universidad.

En torno a este último punto, sostengo que tenemos una plantilla de personal académico que excede los requerimientos, hoy en día, de nuestros planes y programas académicos. Evidentemente, estoy hablando en promedio, no puntualmente por cada uno de los departamentos o divisiones de nuestra Universidad.

Tomemos en consideración que actualmente contamos con 16 alumnos por miembro del personal académico en su totalidad y 15 alumnos por miembro del personal académico de carrera; estos son índices que nunca conocí, incluso, en universidades primermundistas, y mucho menos al nivel de licenciatura, caso en el que se encuentran el 99 por ciento de nuestros 30 mil alumnos. Así mismo, tenemos departamentos académicos donde cifras cercanas al 50 por ciento de los profesores, no atienden docencia en un trimestre, y tenemos departamentos donde más del 50 por ciento de los profesores no están involucrados en programas de investigación. Y si revisamos la tercera de las funciones, tenemos una Universidad en donde los programas de difusión y preservación de la cultura difícilmente alcanzan a reunir a la totalidad de los miembros del personal académico.

Ante la situación actual de la Universidad, también debemos reconocer que nuestra planta de profesores creció a un ritmo que, esencialmente, fue el ritmo de crecimiento de la población estudiantil. Pero creció a partir de aquel mercado del cual podíamos disponer. Es decir, en un principio, cuando la Universidad seleccionó a su personal de otras ins-

tituciones de educación superior o bien de instituciones de producción de bienes o de servicios, logramos atraer a profesores con una amplia experiencia en la investigación y, en algunos casos, a grupos de investigación completos. Llegamos inclusive a la situación en que no solamente invitábamos a grupos de investigación completos, sino que además adquiríamos el equipo con el cual ya trabajaban en otras instituciones para que vinieran a realizar su investigación en esta Universidad. Muy pronto, las instituciones que se vieron afectadas empezaron a mostrar su preocupación, su voluntad de que no siguiéramos saqueándolas. De hecho, recuerdo que en 1974 se decía que, de *uamazo* en *uamazo*, habíamos integrado nuestra planta de personal académico. A algunos de nosotros nos decían que no necesitábamos anunciarnos en las instituciones que visitábamos, puesto que las patas de palo eran ya suficiente anuncio.

Una vez que esto se terminó y ya no fue posible atraer a la Universidad grupos completos de trabajo, empezamos a incorporar a miembros del personal académico con una experiencia de investigación nula y, en algunos casos -estas son frases que he escuchado en diferentes foros-, se contrató personal que ni siquiera sabía lo que era la investigación y que confundía estudios comparativos, estudios de perspectivas, estudios de diferentes problemas, con lo que es en sí la creación del conocimiento. Así las cosas, la Universidad muy pronto se vio ante el problema de tener una enorme cantidad de miembros del personal académico y muy pocos grupos de investigación.

Por otra parte, también tenemos la situación actual en que, por más esfuerzos que hacemos para incorporar alumnos a la Universidad, el número total de estos no crece en la proporción debida. El año pasado incorporamos 11 mil alumnos de nuevo ingreso a la Universidad y la población creció únicamente en mil 700 alumnos ya que el resto, los otros 9 mil y pico de estudiantes, no fueron el número total de graduados, sino, a *grosso modo*, el número total de alumnos que dejaron la Universidad dentro de los primeros dos o tres trimestres.

Tenemos el mejor sistema de "orientación vocacional" y éste consiste en echar de la Universidad a aquellos que no cumplen con los requisitos mínimos establecidos en nuestros planes y programas académicos. De seguir así las cosas, tendríamos que concluir muy pronto que la culpa de este problema la tienen las madres mexicanas en virtud de que hacen nacer a personas que no tienen las características necesarias para realizar sus estudios universitarios. Y esto lo señalo por la vieja tesis según la cual la culpa de que recibamos estos alumnos la tienen las preparatorias; yo he trabajado en las preparatorias y le echábamos la culpa a las secundarias; no he trabajado en las secundarias, pero he escuchado que le echan la culpa a las primarias y así sucesivamente, hasta que oímos a las maestras de los jardines de niños decir que el problema fundamental está en el hogar y en la forma en que hacemos nacer a nuestros hijos.

Ante esta situación, muchas veces se ha señalado la necesidad de que la Universidad tenga un examen de admisión más rígido, un examen de admisión directamente orientado a las especialidades que impartimos.

Yo sostengo y así se lo he mencionado al Colegio Académico para una próxima comisión que integremos sobre políticas institucionales- que lejos de aceptar esta explicación, lo que corresponde hacer es un esfuerzo al interior de la Universidad para que, a través de sistemas más individualizados o inclusive, como en el caso particular de esta Unidad, a través de sistemas específicamente orientados, cubramos algunas de las carencias con las que llegan los alumnos a fin de rescatar a aquellos que, todavía, tienen posibilidades de combatir algunas de las deficiencias con las que llegan a esta institución.

Toda esta situación nos hace pensar que las perspectivas que debe tener la Universidad con objeto de reorganizar su trabajo académico para los próximos años, consisten esencialmente en las siguientes, mismas que quiero puntualizar con bastante detalle.

10. Creo necesaria una reorganización del trabajo de investigación, buscando los líderes de investigación de entre nuestros profesores titulares y uniendo a esta tarea a los profesores asociados, lo mismo * que a los profesores asistentes, de modo que estos aprendan a hacer la investigación que requerimos en la Universidad.
20. Disminuir las áreas de investigación en la Universidad, con objeto de hacer un uso óptimo de los pocos recursos con que estamos contando y de los, yo creo, todavía menores recursos -en términos relativos, desde luego- con los que contaremos en el futuro cercano.
30. Proceder a efectuar una evaluación muy clara, muy puntual, de los diversos planes de estudio de las licenciaturas que ofrecemos, con objeto de ver si no es posible eliminar algunas de las carreras que estamos repitiendo en las distintas unidades y crear otras carreras. ¿Qué quiero decir con esto? Resulta que tenemos carreras como Ingeniería Civil en las que todo parece indicar que, con mucha facilidad, podríamos reproducirla en la Unidad Iztapalapa mientras que, por otra parte, y como lo ha señalado el Doctor Casillas en un estudio presentado recientemente a la Academia de Ingeniería, se estima en el mercado de trabajo un déficit muy considerable de ingenieros civiles a la vuelta del siglo. En contrapartida, tenemos licenciaturas repetidas en las tres unidades, licenciaturas donde hay una seria escasez de alumnos.
40. Debemos reconocer que, mientras formamos al personal académico para que éste pueda hacer investigación, es necesario promover también el fortalecimiento de la función académica de la docencia. Esto es, requerimos de una óptica que nos permita ver a la función docencia no exclusivamente como el impartir clases en los salones correspondientes, sino que también contemple la preparación de material didáctico de los libros de texto, del material audiovisual, etc.

50. Es necesario reconocer en nuestro tabulador académico, el cual está ahora formulando el Colegio Académico, el que la tarea docente -entendida en su visión más completa-, es también un motivo de promoción y que no sólo son los artículos de investigación los que deben permitir o favorecer a la promoción del personal académico.
60. Es necesario que tengamos en mente la optimización de los servicios de apoyo que prestamos a las funciones académicas en la Universidad, algunos de los cuales, hay que decirlo, están en un estado francamente desastroso.
70. Es necesario que el Colegio Académico establezca políticas institucionales explícitas para las diferentes funciones que realiza la Universidad. Esta labor, por cierto, se inicia en la próxima sesión de este órgano colegiado, cuando se establezca la comisión que tratará de explicitar las políticas institucionales para las tres funciones académicas, incluida la de servicio, en el sentido en que ésta es entendida en la Unidad Xochimilco.
80. También es necesario que tengamos en mente que las tareas que esta institución va a realizar en los próximos años, solamente podrán llevarse a cabo eficiente y eficazmente con la contribución de todos y cada uno de nosotros; que, hoy en día, es imposible e intolerable la polarización tan clara que se ha dado entre los órganos personales y la comunidad universitaria.

Suena a lugar común, pero pienso que el futuro del conjunto de las universidades del país va a depender del resultado que tenga la intensa confrontación que, en estos momentos, se está dando en México. Esta confrontación tiene algunos puntos relevantes: por un lado, la crisis económica y la decisión del gobierno de salir de ella a partir de una política de austeridad impuesta a los trabajadores, incluyendo a los pertenecientes a las clases medias. Por otro lado, el hecho de que esta política está encontrando, en forma todavía desorganizada y preliminar, una respuesta por parte de los trabajadores y clases populares del país.

Por eso el gobierno, para implantar su salida a la crisis, busca golpear con mayor dureza que antes a aquellas organizaciones y a aquellos núcleos de trabajadores que son capaces, de alguna manera, de expresar la profunda inquietud que sienten en estos momentos las mayorías del país. Yendo más allá, la rigidez con que se trata incluso a los sectores oficialistas del movimiento obrero muestra, con toda claridad, que se está abandonando un modelo de conducción política por parte del Estado.

A mi juicio, los términos en que hasta ahora se ha dado dicha confrontación acarrearán cuatro consecuencias fundamentales para las universidades. Por principio de cuentas, la implantación de la política de austeridad contempla una reducción del gasto público destinado a la educación en general y a las universidades en particular. En 1980, en pesos de 1974, el presupuesto del gobierno federal para educación era de 41 mil 549 millones. En 1981 subió a 50 mil 800 y, en 1982, es de sólo 39 mil millones.

En el caso concreto de la Universidad Autónoma Metropolitana, es interesante constatar cómo su presupuesto tiene una carrera ascendente: llega a un máximo de 556 millones en 1981, para descender un año después a 406 y, en 1983, llegar a 382 millones. Con esto, en pesos de 1974, ocurre que el presupuesto actual es aproximadamente igual al que teníamos en 1978. Y en ese año sólo había 973 profesores y 16 mil alumnos (ver gráfica).

En segundo lugar, hay un claro empuje hacia un mayor control de las universidades por parte del Estado que, aunque no se inicia en este período, se ha recrudecido en los meses recientes. Los antecedentes se remontan al término del movimiento de 1968, se prolongan a través de la ANUIES, de la Revista de Educación Superior, del Plan Nacional de Educación con su agregado específico referido a la educación superior,

**Filósofo. Realizó estudios de posgrado en Educación en la Universidad de Harvard. En 1980 ingresó al Departamento de Educación y Comunicación de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM Xochimilco y desde julio de 1982 es Secretario General del SITUAM.*

y llegan hasta la política laboral que se está instrumentando en las instituciones de enseñanza superior a través de la legislación universitaria.

En tercer lugar, la política salarial del gobierno federal está dirigida a la reducción drástica de los salarios reales de los trabajadores de la educación, sin que los universitarios sean la excepción. Calculamos que para diciembre de este año, con una inflación del 80 por ciento, el salario real de los trabajadores de esta Universidad habrá descendido a renglones inferiores al 50 por ciento del nivel que teníamos en 1976 (ver gráfica).

Finalmente está el ataque a las organizaciones sindicales de los universitarios. Es precisamente en las universidades -y esto no es una coincidencia- donde podemos encontrar algunas de las manifestaciones más claras de lo que es la organización independiente y democrática de los trabajadores. Para reducir su capacidad de convocatoria y de expresión, el gobierno intenta golpear a este sector que no ha sido tan duramente afectado, en términos organizativos, por la crisis. Cuando digo esto me refiero a que, a estas alturas, en los sindicatos de trabajadores de la industria no es difícil encontrar que un 20, un 30 o hasta un 50 por ciento de sus miembros han sido despedidos. Esto no ha ocurrido todavía en las instituciones de educación superior ni, en general, entre los trabajadores de la educación, lo que explica su capacidad para encabezar, provisionalmente, movimientos de inconformidad más amplios.

No comparto la visión de que ante estas agresiones lo único que está en juego es nuestro salario y nuestras prestaciones. Con la reducción drástica del presupuesto y de los salarios, con la incorporación forzada al proyecto universitario del Estado y con las amenazas en contra de la organización de los trabajadores de la institución, lo que está en juego es el trabajo universitario tal como hasta ahora lo hemos definido como práctica y como proyecto. Un trabajo que se basa, en primer término, en la participación decisiva de maestros y estudiantes para expresar sus propias opciones cognoscitivas en los planes de estudio, en la investigación, en la docencia. Un trabajo que se basa también en el esfuerzo colectivo y democrático expresado en el proceso mismo de enseñanza-aprendizaje.

En este contexto, lo que está en juego es si vamos a poder seguir construyendo un trabajo universitario en un espacio libre y plural de reflexión y práctica política, no en un sentido partidista, sino en el sentido amplio de cualquier actuación, de la actuación a través de los órganos colegiados o de la actuación en el propio salón de clases. Lo que está en juego -con lo que ello implica- es este espacio libre y plural de reflexión y práctica, en el que hemos podido sistematizar algunas de las inquietudes fundamentales de cada una de las áreas del conocimiento y traducirlas en actuación profesional. Está en peligro también, desde este punto de vista, el concepto de totalidad del conocimiento humano, con el que, al menos como proyecto, nos hemos guiado hasta ahora: unir, en un modelo de conocimiento, docencia, investigación y difusión y

vincular estas tareas a la actividad concreta y práctica.

Está en peligro el acceso como estudiantes a un mayor número de hijos de trabajadores y está en peligro la profesionalización del trabajador universitario, concepto en el que comprendemos no solamente el ingreso y la promoción del personal en la institución, sino, así mismo, el tipo de relación laboral, el salario, los apoyos para realizar su trabajo y el tipo de proceso educativo e institucional en el que se participa.

Con la reducción del presupuesto, de igual modo, está en peligro la existencia de los recursos necesarios para mantener e impulsar condiciones más adecuadas a este proceso de enseñanza-aprendizaje y la posibilidad de que, como trabajadores y estudiantes, podamos participar en la vida de la sociedad mexicana, a través de una organización sindical o estudiantil.

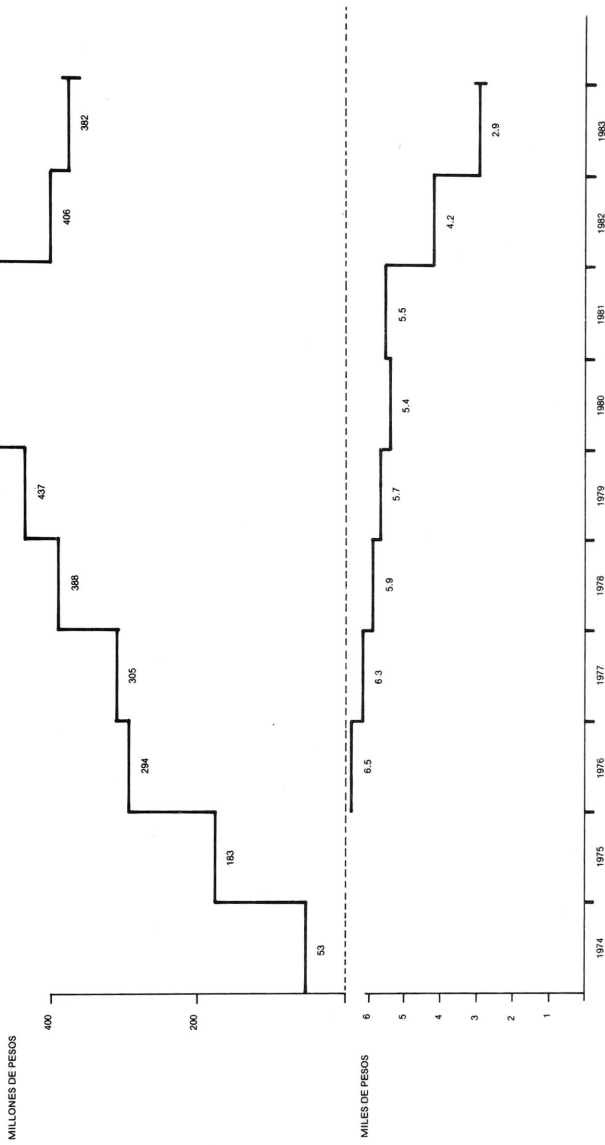
Pensamos que, en lo que toca al trabajo universitario en estos momentos, éste es fruto directo del esfuerzo de trabajadores y estudiantes. Entre todos aquellos trabajadores que se distinguieron en sembrar líneas fundamentales de lo que ha sido y de lo que es hoy el trabajo universitario en la UAM, hay muchos de ellos que fueron también los que construyeron la organización sindical de los trabajadores y, en este sentido, hay una correlación estrecha entre ambos fenómenos. El SITUAM es una organización democrática, independiente, pero sobre todo, perfectible. Su existencia está ligada íntimamente a la de la propia institución y, por lo mismo, consideramos que el objetivo principal de nuestra organización es el de defender este trabajo universitario, simple y sencillamente porque es el fruto del esfuerzo por alcanzar nuestros derechos como trabajadores.

Es cierto que, en el panorama nacional, el destino de la UAM va a depender en gran medida del resultado de esta confrontación que hemos caracterizado, y va a depender, en concreto, de la capacidad que logren tener los trabajadores para rechazar la política de austeridad. No obstante, hay que plantear las líneas a seguir que nosotros consideramos fundamentales para defender el trabajo universitario.

Primeramente, creo que este es el momento de la claridad. La defensa del trabajo universitario requiere que la información esté al alcance de todos para, así, profundizar el análisis de las opciones que hoy podemos construir. A este respecto, tenemos un gran camino por recorrer. Nuestros estudiantes, por ejemplo, van a ser en su gran mayoría trabajadores asalariados y, en consecuencia, es importante revisar los planes de estudio desde la perspectiva de los trabajadores.

Por otra parte, es momento de reflexionar con mayor profundidad lo que es esta institución y lo que son sus trabajadores. En la UAM conviven procesos de conocimiento sumamente complejos y trabajadores que, perteneciendo a la misma institución, no gozan de los beneficios de la cultura que generan con su esfuerzo conjunto. Así mismo, hay que impulsar discusiones previas a las decisiones que se vayan tomando en las que nadie se quede sin definirse y acerca de todos los aspectos de la vida de esta Universidad.

uam: presupuesto y promedio de salarios 1974



— Para 1983 la inflación se estimó en un 80% — Índice Nacional de Precios al Consumidor; Informe Anual del Banco de México, 1982 — Promedio de salarios sin ponderar, basado en seis puestos representativos

En segundo lugar, este trabajo universitario y este proyecto de enseñanza-aprendizaje no puede defenderse con criterios de eficiencia para negociar, a partir de ellos, los aumentos presupuestales. Ocurre que sin que existiera ningún cuestionamiento en torno a si la UAM es o no eficiente, sin que tengamos un decreto como el que agrede a la Normal Superior bajo el pretexto de que no está cumpliendo con sus fines, ya sufrimos, en estos dos años, una reducción presupuestal de casi un 40 por ciento.

En este contexto, es necesario fortalecer las organizaciones de que disponemos para defender nuestro trabajo y entender que, cuando luchamos por nuestros derechos como trabajadores, no hacemos otra cosa que defender aquellas condiciones que constituyen la propia infraestructura de un trabajo libre, plural y de calidad.

En tercer lugar, debemos buscar el fortalecimiento de nuestra convergencia con los distintos sectores que se oponen a la política de austeridad. Es necesaria nuestra vinculación con el resto de los universitarios para, desde todos los campos profesionales y por todos los medios, llegar a pronunciamientos que denuncien las agresiones contra los trabajadores y los efectos de una política que marcha en dirección opuesta a nuestros intereses.

La UAM no debe asumir las políticas de austeridad ni cancelar los espacios internos de negociación. Por tanto, en cuarto lugar, debemos hacer un esfuerzo por negociar, al interior de la institución, las situaciones conflictivas que se han presentado y que, sin duda, se seguirán presentando.

eduardo campero

La respuesta que yo puedo dar a la pregunta sobre la situación y las perspectivas de la Universidad Metropolitana no va a ser muy distinta a lo que ya hemos oído en este foro y por ello voy a ser breve. De cualquier forma y en síntesis yo veo una perspectiva optimista y otra pesimista. En el primero de los casos, desde luego, la Universidad logrará superar la situación actual y cumplirá con los objetivos para los que fue creada. En la perspectiva pesimista, creo que no solamente la UAM no cumplirá sus objetivos, sino que su mismo proyecto como institución de educación superior se extinguirá.

Colocándonos en la perspectiva optimista, me parece que se requiere un análisis de nuestra parte que nos permita planear el trabajo considerando los posibles efectos de la crisis, tanto los negativos como las cosas positivas que pueda tener. En esta línea, yo quisiera señalar algunas consecuencias muy concretas.

A corto plazo veo que la Universidad será atacada y, de hecho, ya lo está siendo a través de la prensa y de algunas otras instituciones que pretenden evaluar nuestro desempeño. En estas críticas algunas veces hay razón, pero creo que también se abusa de la parte que no es cierta para hacer más feroces los ataques. Por lo demás, no soy un enterado de la política nacional, de modo que ante muchas críticas que no entiendo por desproporcionadas no me queda más que imaginar que tienen algún motivo oculto.

Otra consecuencia a corto plazo y que ya también estamos viviendo, como lo señaló el Doctor Aboites, es la disminución del presupuesto. La Universidad tiene que discutir qué hacer ante esta carencia de recursos, misma que, a mí me parece, hará más difícil la toma de decisiones democráticas al interior de la Universidad. En este sentido, otro peligro que habría que prever es el de una posible violencia interna.

En contrapartida, a corto plazo veo una consecuencia positiva de la crisis, que es la politización de la comunidad. Me imagino que algo semejante ha de estar ocurriendo en las tres Divisiones de esta Unidad, pero al menos en Ciencias Básicas e Ingeniería hemos visto en la comunidad mucho más interés que el que había anteriormente al respecto de la crisis que está viviendo el país.

A largo plazo me parece que será necesario revisar el modelo de la UAM, y con esto no quiero decir que hay que modificarlo, sino sencillamente que necesitamos evaluarlo. En otro punto, que ya también ha sido

**Ingeniero Mecánico Electricista. Realizó estudios de posgrado en Ingeniería Electromecánica en la Universidad de Londres. En 1977 ingresó al Departamento de Energía de la División de Ciencias Básicas e Ingeniería de la UAM Azcapotzalco, del cual es jefe desde febrero de 1980.*

tocado en otros foros, la Universidad tiene que buscar nuevas fuentes de recursos económicos, aún cuando por ahora no se vean muchas alternativas de solución al problema.

En cuanto a la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, habría que empezar por analizar el renglón referido a la planta de profesores y ver las ventajas del profesor de tiempo completo y medio tiempo contra el profesor de tiempo parcial. Así mismo, analizar la composición de profesores titulares, asociados y asistentes e incluir en el análisis los problemas del mercado de trabajo, entre ellos el de los salarios bajos en una institución de educación superior.

Otro problema es el de las formas de enseñanza y aquí creo que habría que revivir la discusión en torno a los sistemas de Universidad abierta. Por otro lado, estoy de acuerdo en que no debemos repetir aquellos programas de estudio que existen en otras instituciones o que no resuelven problemas nacionales, pero creo que el renglón de los posgrados debe ser impulsado. Y una forma de apoyar la investigación al mismo tiempo que la formación de profesores, me parece, es precisamente a través de los posgrados.

En el caso de la investigación hace falta también estudiar las condiciones económicas adversas en que se han desarrollado algunos proyectos, así como reducir el horizonte de esta función de modo que los profesores, en grupos, se concentren a estudiar un conjunto de problemas en lugar de tener a cada profesor investigando un problema distinto.

En lo que toca a la difusión, deberíamos empezar por analizar este problema de la imagen de la UAM, que de una Universidad de piratas pasó a ser una institución consentida. Debemos evitar la distorsión de lo que realmente es, de lo que realmente tiene y produce esta Universidad, y esto sólo puede lograrse aumentando nuestras publicaciones y difundiendo ahí aquellas cosas que se hacen y que por otros medios no se conocen o publican. Si la Universidad mejora su imagen, creo que esto es un elemento de presión para conseguir una mayor atención a las instituciones de enseñanza superior de parte del gobierno federal.

Otro aspecto que hay que revisar es la razón por la cual los resultados de nuestras investigaciones no llegan a donde pueden ser utilizados y qué papel tiene aquí la difusión. Asimismo, concuerdo con el Doctor Aboites en lo referente a la información: la Universidad debe propiciar una mayor información de modo que si no es posible que todos los mexicanos estén mejor informados, sí lo estén, al menos, aquellos sectores más cercanos a la institución.

Por último, quisiera apuntar tres conclusiones. En primer lugar, creo que esta Universidad debe discutir, pero la discusión no debe afectar nuestra capacidad de respuesta ante los cambios. En consecuencia, y como segunda conclusión, debemos modificar los patrones de conducta de los universitarios, lo mismo los trabajadores que los estudiantes, a fin de que mejoremos nuestras posibilidades de lidiar con una situación como la que estamos viviendo. Por último, pienso que debemos hacer más eficientes nuestros mecanismos para planear y al mismo tiempo,

luis salazar

Me gustaría empezar por señalar que la crisis que vive el país es, muy probablemente, la crisis más profunda que haya sufrido México después de la Revolución de 1910; y es que no se trata, como a veces se ha afirmado, de un mero problema financiero o económico, sino que más allá de esto, lo que hoy está en crisis es la estructura global de la sociedad mexicana. En otras palabras, hoy está en crisis un modo de producir y de desarrollar la economía, pero también lo está un modo de gobernar y, más aún, toda una cultura que se ha conformado históricamente.

En este sentido, creo que para situar las perspectivas de nuestra Universidad es necesario tener en cuenta la gravedad profunda de esta crisis que provoca descontento, malestar, pero que hay que reconocerlo, provoca así mismo una crisis de valores generalizada: nunca como hoy es claro -y la nacionalización de la Banca lo demostró- que la sociedad está enferma de escepticismo, está enferma de desconfianza, está enferma de pasividad y, por decirlo así, se encuentra prácticamente inerme ante una política que, paradójicamente, pretende reducir el problema a una cuestión puramente monetaria.

Es por ello que hay que considerar dentro del contexto de esta crisis la política del nuevo régimen, el cual, además de tratar de imponer la austeridad, también pretende rechazar toda una serie de mecanismos que habían funcionado como mediaciones entre la sociedad y el gobierno. A los conflictos tradicionales, a los conflictos entre la izquierda, la derecha y el régimen se suman hoy en día nuevos conflictos que se abren al interior de la propia estructura estatal y que parecen dar lugar a una forma de hacer política donde se combinan una democracia formal y un despotismo práctico al nivel de la toma de decisiones. Y un ejemplo de esto, quizás el que más nos concierne, es la ausencia de políticas explícitas en torno a la educación superior.

Siempre tenemos que basarnos en hechos consumados y, a partir de ellos, ya podemos suponer que, efectivamente, el presente régimen considera a las universidades públicas como algo secundario para el país y que por tanto, la salida de la crisis supone entre otras cosas la reducción radical de los recursos que se destinan a los centros de educación superior. Por la actitud tomada frente a los conflictos huelguísticos recientes, es claro que para el gobierno actual es mucho más importante pagar la deuda a como dé lugar que darle una orientación o una salida productiva a la educación superior en México.

**Filósofo. Realizó estudios de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1974 ingresó al Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM Azcapotzalco y desde septiembre de 1982 ocupa la jefatura del Área de Teoría de las Formaciones Sociales de dicho Departamento.*

Todo esto conforma un panorama pesimista para las propias universidades. Incluso es de suponer que para ciertos sectores del Estado, las universidades públicas representan un cascarón al cual hay que ir reduciendo al mínimo y entonces hay que buscar alternativas de educación privadas. En el mejor de los casos, así, las universidades son para el régimen un obstáculo a su política de austeridad y, en este sentido, nos veremos confrontados con una de las situaciones más difíciles que haya vivido la educación superior en México.

De atenernos tan sólo a lo que podemos suponer que es la tendencia dominante dentro de la presente administración, cabría pensar que casi no hay nada que hacer. Sin embargo, hay que pensar no sólo en lo que el régimen quiere, sino también en lo que el régimen puede y en lo que nosotros podemos hacer frente a esa política. Tal planteamiento nos lleva a pensar cuál es el lugar y cuál es el papel que una Universidad como la nuestra puede jugar dentro de este contexto de crisis.

Si partimos del hecho de que no existen todavía una serie de organizaciones sociales dispuestas a la defensa de una alternativa para salir de la crisis distinta a la del presente régimen, esto debe obligarnos a colocar a nuestra Universidad dentro de una orientación que lleve precisamente a una salida no monetarista, no despótica, no derechista de la crisis.

En este sentido, es claro que sólo una Universidad que logre el reconocimiento de su importancia y de su necesidad de parte de las clases sociales fundamentales -y con ello me refiero al conjunto de fuerzas que integran una sociedad compleja como la nuestra-, es una Universidad que logrará obtener el consenso necesario para exigir del régimen un cambio en esa política de austeridad que, insisto, me parece francamente negativa para la educación superior y para la educación en general en este país.

Es aquí donde creo que hay que entrar a la consideración, aunque sea muy breve, de lo que ha sido y de lo que es hoy la Universidad Autónoma Metropolitana. Me parece que, efectivamente, esta Universidad es una consecuencia histórica -si se quiere mediada- del movimiento estudiantil de 1968. No podríamos entender por qué se constituyó una estructura con las características que tiene la UAM si no pensamos en el efecto democratizador que tuvo aquel movimiento.

Habría que reconocer, desde tal perspectiva, que esta Universidad es muy particular y que, a diferencia de la gran mayoría de las instituciones de educación superior en México, cuenta con una serie de espacios de participación inéditos aunque, habría que decirlo, casi totalmente inutilizados. Y es que si bien es cierto que como en toda estructura y reglamento orgánico universitario hay limitaciones a la participación, lo grave es que hasta hoy las instancias colegiadas no han logrado cumplir el papel que podrían tener.

Por ello, en este momento el problema no es tanto el de pedir cambios en la ley orgánica, sino el de aprovechar los espacios ya existentes de modo que, en un plazo que no puede ser muy grande, se logre constituir

a la comunidad universitaria como verdadero sujeto de la autonomía de esta Universidad y, en consecuencia, como un sujeto realmente capaz de construir una política universitaria plural, democrática y eficiente que evite el despilfarro que hasta hoy se ha realizado en esta Universidad.

Si hablo de despilfarro es a propósito. Efectivamente, en esta Universidad no se han aprovechado los recursos de manera eficiente y muchas veces, en nombre de una posición personal o de grupo, se ha pretendido que el trabajo, por ser trabajo, es algo que corresponde desarrollar a las autoridades.

Como el país en su conjunto, la UAM está gravemente enferma de una cultura que desvaloriza el trabajo eficiente, el saber riguroso, la investigación eficaz. Y lo cierto es que esto ha llevado a que buena parte de las autoridades personales funcionen -y perdón por la palabra- como burócratas, como simples mediadores entre algo que se decide arriba pero que no encuentra ningún consenso abajo, gracias a que, a los de abajo, tampoco nos interesa demasiado de qué se trata ese algo.

En estas circunstancias, el modelo UAM ha puesto a discusión algo muy importante en términos políticos y sociales: el problema de si se puede vincular democracia y eficiencia. Es claro que para las corrientes dominantes del régimen la democracia es ineficiencia. Pero curiosamente también es claro que, para algunas corrientes de izquierda, la ineficiencia es democrática. Por tanto, creo que el reto fundamental para la comunidad de la UAM hoy en día es, precisamente, mostrar que la participación no tiene por qué entrar en conflicto con la eficiencia en el trabajo académico y que, por el contrario, puede promoverla.

En la UAM, insisto, existen múltiples espacios de participación que no han sido aprovechados e, incluso, en algunos casos se ha abusado de ellos en nombre de tendencias radicalmente antiuniversitarias. De este modo, no se ha logrado constituir el trabajo académico como un valor de los universitarios según el cual la participación, en vez de ser sinónimo de evitar compromisos, signifique precisamente el compromiso con un trabajo eficiente y riguroso que muestre ante la sociedad la capacidad de la Universidad para servirla en sentido positivo y no simplemente en un sentido contestatario y de denuncia. En el contexto actual, sólo una Universidad que logre elevar a nivel de excelencia académica la docencia, la investigación y la difusión tendrá perspectivas de defenderse y de participar en la construcción de un proyecto alternativo de salida a la crisis.

Hace falta, entonces, que la participación en las instancias colegiadas sea una colaboración productiva que permita racionalizar nuestros recursos tanto humanos como materiales y no una simple confrontación ni tampoco una sumisión con respecto a las autoridades personales. Debemos abandonar, como punto de partida, la concepción de que todo lo que viene de arriba es malo y lo que viene de abajo es bueno y entender que, en efecto, es necesario evaluar, pero evaluar autónomamente, reconociendo esta autonomía como un principio que permite el trabajo eficiente y de excelencia académica, antes que como un principio abstracto.

Uno de los grandes errores que por mucho tiempo han cometido ciertas corrientes democráticas y de izquierda es el de pensar que el problema fundamental de las universidades es el autoritarismo y el despotismo. Es cierto que existen estos fenómenos, pero en la Universidad Metropolitana no son un problema fundamental. El problema central, más bien, es la carencia de una cultura participativa y comprometida tanto de estudiantes como de profesores.

En este sentido, me atrevo a decir que el problema de la deserción de estudiantes es un problema grave, pero no va a resolverse bajando los niveles académicos y convirtiendo a esta Universidad en una productora de licenciaturas mediocres -ya de por sí habría que pensar si no es eso en la actualidad. Por el contrario, se trata de constituir a la comunidad y a la propia Universidad en una avanzada que luche por una cultura distinta, empezando por el aspecto de la formación escolar, porque hay que reconocer que ese cuento de que los estudiantes vienen mal formados porque la preparatoria, porque la primaria, porque la secundaria, no es un cuento nada más. Sólo una Universidad que se atreva a plantear estos problemas seriamente y a exigir ante las autoridades y ante la propia sociedad una mejoría radical de los niveles de educación, puede enfrentar el problema muy particular, si se quiere casi anecdótico, de la deserción de estudiantes.

En conclusión, creo que sólo una comunidad universitaria que reconozca la gravedad y la cualidad de esta crisis, y que se constituya por tanto en una avanzada en el proceso de un cambio cultural indispensable para este país, puede tener perspectivas de defenderse como Universidad y, lo más importante, de participar en forma conciente y comprometida en una alternativa democrática de salida para esta crisis.

manuel gil antón

Las perspectivas para la UAM no las puedo precisar y me parece que ésa es una labor del conjunto de los universitarios. Más bien, quisiera proponer a la discusión las condiciones que hacen posible a esta Universidad tener perspectivas y que las dificultades indudables que habrá que enfrentar sean superables en alguna medida.

Como todos los participantes en el panel han señalado, la problemática nacional es muy compleja. A nivel económico, los expertos en la materia afirman que estamos ante el agotamiento de un modelo de desarrollo que permitió, en términos relativos, un crecimiento económico acompañado de una también relativa justicia social.

En el aspecto financiero, no cabe duda de que nuestro problema de deuda externa es gravísimo. La estructura productiva del país, por su parte, resiente con mayor fuerza los efectos de haber seguido un patrón de crecimiento que responde más a criterios exógenos que endógenos. La dependencia tecnológica del país, en las actuales condiciones, representa también un problema grave y las propias dificultades de financiamiento afectan no sólo su crecimiento, sino que, continuando con la reflexión de Luis Salazar, su mismo mantenimiento se encuentra amenazado. Cualitativamente hablando, creo que nadie duda que es distinta una crisis que no permite crecer a una crisis que no permite mantener.

A nivel político estamos, a mi juicio, ante una política económica errónea, en el sentido de que, efectivamente, financiará la recuperación de la crisis, pero no de nuestra crisis, sino la de los países desarrollados a través del sacrificio que significa para los países dependientes la transferencia de los problemas económicos y financieros del primer mundo.

Estamos ante una política errónea porque -permítanme la expresión- es como subirse a la máquina del tiempo y regresar a aquellos años en que el lema era poca política y mucha administración. Veo, así, una tendencia al agotamiento del modelo político en sintomáticas pugnas entre sectores tradicionalmente mediadores en la relación régimen-sociedad y entre estos sectores y el gobierno.

En cuanto a la situación social, el decrecimiento de la capacidad del sistema para otorgar satisfactores mínimos ha traído el consiguiente decrecimiento del nivel de vida de los trabajadores del campo y de la ciudad, lo que significa, obviamente, una agudización de las desigualdades. De este modo, coincido de nuevo con Luis en que se trata no

**Licenciado en Filosofía. Ingresó al Departamento de Investigación y Conocimiento de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM Azcapotzalco en mayo de 1981. Desde julio de 1982 es Secretario Académico de CYAD.*

sólo de una crisis económica o financiera, sino de una crisis del modelo de desarrollo global de este país.

Sin ser un experto en la materia he visto dos hipótesis de solución a esta problemática. De acuerdo a la primera hipótesis, que es la que sostiene el presente régimen así como otros organismos, la reordenación económica es la condición para superar la crisis; de acuerdo a otros sectores, tal reordenación no basta para salir de la crisis si no hay una serie de transformaciones en la estructura económica. Yo preguntaría a los que sostienen estas hipótesis *quién es*, según ellos, el sujeto que reordena o transforma.

Sin necesidad de optar por si la reordenación es suficiente o la transformación es necesaria y aceptando que la crisis económica es grave, a nuestro entender -hablo en plural porque otras personas me ayudaron a llegar a estas conclusiones- resulta más grave aún que no haya en esta sociedad sujeto que impulse cualquiera de las hipótesis. En otras palabras, nuestro problema más grave es de orden político, y decir más grave quiere decir que, sin descuidar los otros, es el problema prioritario.

El modelo que hoy hace agua por todos lados, tuvo como condición para su desarrollo una característica de capital importancia: la radical transferencia que la sociedad hizo de su ejercicio de decisión y poder a manos de aparatos de control y gestión de las demandas sociales. Yo creo que la democracia se basa en la cesión, por parte de los representados, de una cuota de su ejercicio de decisión y poder. Pero, para que siga siendo democracia, ha de basarse también en la capacidad de control por parte de los representados del ejercicio que a su nombre realizan los representantes.

Esta segunda condición, el control de los representados pueden tener de sus representantes, me parece que no se ha ejercido como condición para el desarrollo del modelo anterior. Y si está en crisis el modelo global y éste apoyó su desarrollo en un gran proceso de deseducación política, ahora vemos cómo esta característica se vuelve contra el propio sistema.

Para la reordenación, el Estado cuenta con sus aparatos de poder legal y represivo intactos. De alguna forma, hemos visto cómo legalmente una huelga que entablan los trabajadores puede convertirse en una huelga que sostienen los representantes legales de la institución, tal como ocurrió en el caso de Uramex. También hablo del aparato represivo porque, aunque sólo sea a modo de indicadores, este régimen ha mostrado demasiado pronto síntomas de intolerancia y de recurso a estilos de "negociación" que no se veían desde 1971 en la Ciudad de México.

Para la transformación hacia un modelo más justo no se tiene esa fuerza represiva ni legal. A esta altura de los acontecimientos, ya no nos consuela el argumentar en un café que, a pesar de todo, tenemos la fuerza de la razón, ya que lo que se requiere es la capacidad de realización. Y lo que va a determinar el futuro de nuestro país no es tanto el salir de la crisis como el método seguido para tal fin, entendiendo por método el camino o la vía.

Existe la posibilidad de una vía represiva o de una vía participativa. Entiéndase que no son conceptos maniqueos, de oposición blanco y negro, sino que puede haber una dominancia de alguna de estas vías mientras navegamos en la crisis. Pero hay que tener cuidado con creer que la opción entre estos dos caminos es sencilla y al gusto del cliente: en tanto que la salida represiva está al alcance de la mano, la participativa está obstaculizada, al menos durante cuatro décadas, por su *no ejercicio*.

En síntesis, me parece que hemos sufrido todos, como sociedad, un proceso de deseducación política que ha producido -tiene razón otra vez Luis Salazar- toda una cultura de que el quehacer político es un quehacer de ambiciosos, de interesados, de transas, algo de lo que no hablan las gentes de bien. De ser válida esta hipótesis general, tiene que estar presente en nuestras consideraciones sobre la UAM.

Yo creo -y lo propongo también como hipótesis- que más que un *proyecto UAM*, encontramos un *espacio UAM*, mismo que resulta del complejo proceso histórico de la educación superior en México y no de graciosas concesiones. Este *espacio UAM* cuenta con esquemas de participación posible en cuerpos colegiados, áreas, departamentos y divisiones, los cuales resultan atípicos en el conjunto de las universidades del país. La UAM cuenta, asimismo, con esquemas de participación sindical amplios e igualmente atípicos en el sindicalismo nacional.

Decimos intencionalmente *esquemas de participación posible* en materia académica y en materia sindical, pues es aquí donde surge la contradicción más aguda de nuestra casa de estudios: los esquemas de participación chocan frontalmente con la ausencia del ejercicio participativo. Por supuesto, no me refiero a la totalidad, sino a lo que yo considero la práctica más frecuente, una práctica, por cierto, ilógica, ya que si no hubiera amplitud de espacios habría mejor manera de entender una escasa participación de parte de los universitarios. Pero, ¿por qué si existe una estructura que posibilita la participación democrática en la Universidad no la aprovechamos cabalmente?

Como simple dato quisiera mencionar que en el proceso de elección de representantes ante el Quinto Consejo Académico, tuvimos en esta Unidad la participación del 12.2 por ciento de los estudiantes y del 22.8 por ciento de los profesores. Sin duda se trata de índices muy bajos de participación. Nuestra División, que es la que organiza este Foro, tuvo el 1.5 por ciento de participación estudiantil.

Insisto en que se trata meramente de un dato, ya que reconozco que existen fenómenos de participación no formal que se ejercen en las elecciones del Consejo Académico. Pero si, en última instancia, este dato no fuese del todo significativo, nuestra propia práctica universitaria nos demuestra que no estamos aprovechando los espacios con que contamos.

Me parece que la condición de posibilidad básica para que la UAM tenga perspectivas radica en el sujeto para construir esas mismas perspectivas, en la necesidad de que los universitarios sean agentes activos del destino de la UAM. Es decir, el problema básico de la Univer-

sidad es coincidente con el problema fundamental del país, sólo que en nuestro caso contamos con espacios de participación que a nivel nacional ni se sueñan.

Podría ser que hablar tanto de participación se convierta en un lugar común y por ello trataré de definir un poco este concepto. A mi entender, participación no es sólo denuncia y protesta, sino que es también la producción de alternativas reales. La participación, aunque lo incluye, no es sólo la crítica al Estado, sino que es también la autocrítica a nuestro trabajo. Participación no es sólo el cumplimiento burocrático de las normas, sino que exige involucrarse como individuo en un proyecto colectivo. Participación no es sólo una afiliación que implica descuento, sino la consolidación de un sindicato que debe entender cada vez más a las características de la comunidad universitaria.

Participación no es sólo la apariencia o la aparición en las actividades más obvias del quehacer político, sino que es también dedicación paciente en el conjunto de las actividades políticas; es decir, el ejercicio de nuestra decisión y poder, el rigor en la investigación, la vinculación con la sociedad, la calidad de la docencia y de la difusión.

Participación es ser parte, junto con otros, de la decisión y el ejercicio del poder en vistas a la concreción de un proyecto universitario. Aunque parezca obvio, participación es trabajo en las distintas instancias de la vida universitaria.

Es claro que como en el país, con las salvedades que toda comparación supone, el problema más grave para la UAM lo representa la escasa participación de los universitarios en la vida y, por tanto, en el destino de la institución. La UAM será una universidad con perspectivas de producir conocimientos que incidan en la vida social, será un proyecto y no sólo un espacio, si hace de la participación algo más que un esquema. Sin esta condición, perspectivas no creo que haya.

**rèplicas e
interrogantes**

rèplicas e interrogantes

- Licenciado Salazar, ¿estaría de acuerdo en que, jugando a la democracia, nos hemos acostumbrado a no tomar decisiones? ¿No sería mejor agilizar o reducir los canales de participación a fin de evitar burocratismos y apatía?

- Luis Salazar: Creo que uno de los grandes problemas de la Unidad Azcapotzalco de esta Universidad es, efectivamente, el de una cierta idea de democracia a la cual me atrevería a calificar como *electoralista*. Hay cada vez más la impresión de que siempre estamos en una especie de *baile democrático*: si no hay sucesión departamental hay sucesión divisional, y si no hay sucesión divisional hay sucesión de Rector de la Unidad o de Rector General. Esto -al menos en la División de Ciencias Sociales y Humanidades así ocurre- llega a convertirse en un proceso realmente desgastante y gravemente improductivo desde el punto de vista académico.

Ahora bien, dicha situación podría llevar a la reflexión fácil de orden y progreso: se acabó la democracia, mejor autoridades destinadas desde arriba; dejémonos de tanto juego, de tanta tenebra y de tanta grilla y pongámonos a trabajar. Hay quienes se expresan así en torno a tales procesos y es que, nuevamente, nuestra percepción de las formas democráticas y de los espacios que existen en la Universidad se ve afectada por esta cultura que, sin ánimo de ofender, yo llamaría la *cultura priista*. Desde esta visión, efectivamente, la política se reduce a la tenebra y la tenebra se reduce al juego sucio, a la forma de ocultar intereses y ambiciones. Curiosamente, por lo demás, dicha concepción tiene como correlato un *moralismo apolítico*: como eso es cochino, yo no me meto.

Me parece que para que los consejos y colegios funcionen -sean ellos departamentales, divisionales, de esta Unidad o del conjunto de la Universidad-, se requiere un esfuerzo por convertir todas las instancias y sus respectivos procedimientos en procesos de producción académica real, donde efectivamente, el problema no radique en votar por personas, sino en comprometerse con posiciones académicas productivas que lleven a elevar el nivel de docencia y de investigación en términos reales. Y lograrlo es difícil, porque la cultura dominante es muy pesada.

En México todavía no nos acostumbramos a la idea de que ocupar un puesto no es un asunto de ambición personal, sino de compromiso con un proyecto colectivo; y entre la *política de tenebra* de algunos y el *moralismo depolitizado* de muchos a veces parece que estamos encerrados en un círculo vicioso.

Concuerdo con el ingeniero Campero respecto a que, felizmente, la crisis tiene el efecto de politizar, aunque sea relativamente, a los trabajadores, a los ciudadanos, a los universitarios. En este sentido, creo

que se empiezan a dar algunos pasos -este foro es una muestra- que nos permiten empezar a pensar la política de un modo distinto, no a la manera priista -perdón otra vez-, sino de un modo que no significa perder el tiempo ni ocultar ambiciones personales. Necesitamos abandonar esa cultura donde, como todo mundo siente que si exige le van a exigir, mejor no exige; necesitamos entender que, si efectivamente hay alguien que cree tener méritos y se quiere comprometer con una posición, eso no es malo. En todo caso, lo malo es que utilice alianzas tenebrosas para lograrlo. Si por el contrario hay una ambición positiva y productiva, esto debe ser impulsado y uno debe sentirse orgulloso de tomar parte en procesos que lleven a elevar la calidad del trabajo académico y la participación de la comunidad.

Por ello, pienso, la solución no consiste en restringir los espacios, sino por el contrario, en aprovecharlos positivamente. Insisto: lograrlo no es fácil, pues cambiar una tradición cultural nunca lo ha sido.

-Señor Rector, ¿por qué en los ocho puntos señalados como políticas para el trabajo universitario de parte de las altas autoridades se acepta una situación nacional que conlleva implícitamente una reducción presupuestaria y, en consecuencia, se dictan sólo políticas de ajuste sin dar políticas ideológicas que permitan la formación de un egresado que sea realmente un agente de cambio?

- Sergio Reyes Luján: En primer lugar, lo que yo señalé no son políticas de las altas autoridades de la Universidad; son algunos de los elementos de una situación que yo veo que tenemos que resolver y aquí hay una diferencia. A mí me importa poco si estamos en crisis o no estamos en crisis. Estos problemas tenemos que resolverlos aún si el año que viene le dan a la Universidad Metropolitana el 150 por ciento de aumento neto.

En segundo lugar, la enorme ventaja que tenemos en esta Universidad es que, justamente, estas políticas no dependen del Rector General en turno. He señalado que se creará en el Colegio Académico una comisión, precisamente para redactar un documento con las políticas institucionales, el cual será sometido, como todos los documentos que prepara el Colegio, a una amplia consulta de nuestra comunidad. En el establecimiento de estas políticas institucionales tendré un voto junto a los otros 33 votos que constituyen el resto del Colegio Académico.

Sostengo que antes de solicitar más recursos debemos hacer un uso eficiente de los que ya tenemos, porque me interesa en forma particular que promovamos en los distintos órganos de la Universidad -en lo particular yo lo promoveré en el Colegio Académico- el reconocimiento de esta situación real en que vivimos.

El maestro Salazar señalaba que la mejor manera de que no nos obliguen a algo es no promover la obligación a otras personas. Del mismo modo, la mejor manera de que no nos responsabilicen de algo es no responsabilizar de otra cosa a alguien y esto es, justamente, el sentido de mi más honda preocupación. En algunos casos no solamente estamos despilfarrando los recursos con los que contamos sino, además, estamos siendo cómplices de ese despilfarro. Tenemos profesores que

no asisten a la Universidad y tenemos profesores que se hacen los desentendidos para que a ellos no se les obligue a asistir.

Es increíble pensar que el Rector General pueda contratar a unos trescientos supervisores de confianza para que supervisen a diez profesores cada uno. No lo podemos hacer ni a nadie de la Universidad se le ha ocurrido. Lo que queremos es exactamente lo contrario, llamar a nuestra comunidad a responsabilizarse del uso eficiente de los recursos y responsabilizarme, en el caso particular mío, de los recursos que a mí me toca asignar o autorizar.

Sinceramente, mi preocupación está mucho más restringida al tópico del foro, a lo que nosotros podemos hacer, desde ya y aquí, en esta institución. Si bien la Universidad tiene un papel muy importante que desempeñar, he insistido en que la modificación de las políticas nacionales es algo que no depende estricta y linealmente de la Universidad. Tenemos decenas de investigadores en nuestros departamentos de Economía, tenemos decenas de investigadores en nuestras áreas de Ciencias Políticas, tenemos decenas de investigadores en nuestras áreas de Ingeniería. Qué mejor que la producción de estos investigadores para proponer alternativas a los modelos que se están utilizando y la filiación partidista de cada uno de nosotros para proponer estos cambios estructurales. Sigo pensando que, antes que estar discutiendo cuestiones de carácter externo a la Universidad, deberíamos empezar por discutir, analizar y resolver los problemas internos que están en nuestras manos.

El maestro Gil hablaba de la participación del uno por ciento, del doce por ciento, del diez por ciento. Afortunada esta División, porque cuando a mí me tocó ser Secretario en el Consejo Académico de la Unidad Xochimilco, los cinco candidatos a representantes del personal académico de la División análoga empataron con un voto cada uno de ellos. Así las cosas, convocamos al desempate y por tres a dos ganó uno de ellos.

Esto es un problema. Este es un espacio que evidentemente no estamos aprovechando. Pero justamente por ello, mi labor no consiste en establecer una política, sino promover el establecimiento de políticas por parte de los órganos colegiados. ¿Que yo tengo la posibilidad de proponer políticas? Sí. Y le he anunciado al Colegio Académico que, en caso de que así lo considere, yo presentaré un documento ya elaborado de políticas. Pero de la misma manera como yo puedo presentar mis propuestas, lo pueden hacer cualquiera de los otros 33 miembros del Colegio Académico, y también, cientos o miles de universitarios.

En cuanto al perfil del egresado, yo no apruebo los planes y programas de estudio. El perfil de los egresados forma parte de los planes y programas de estudio que formulan los Consejos Divisionales, homogenizan los Consejos Académicos y que autoriza el Colegio Académico, en el cual, una vez más, tengo un voto para la autorización de los planes y programas de estudio.

El maestro Salazar mencionaba claramente algo en lo cual yo estoy totalmente de acuerdo: que en términos generales en la Universidad

no sufrimos actitudes despóticas y autoritarias. Aunque las quisiéramos tener, la estructura del gobierno en esta institución no permite una orientación de las funciones académicas al antojo de las autoridades. En mi caso particular, estoy muy lejos de pretender tal situación. Cuando en los órganos colegiados -en concreto el Colegio Académico-, estamos discutiendo estas cuestiones, ahí sí hay una expresión puntual de mi parte sobre este asunto.

-Físico Reyes Luján y Doctor Aboites, ¿qué hay sobre el peligro o necesidad -según se vea- de la conformación de algún tipo de agrupación de los trabajadores académicos en relación con las posibilidades de la estructura actual de la UAM?

-Sergio Reyes Luján: Yo he puesto por escrito que no he alentado ni alentaré representación alternativa a la del SITUAM en nuestra Universidad. Lo he puesto por escrito y se lo he entregado al Colegio Académico.

En segundo lugar, en múltiples foros he señalado que, para mí, el sindicato ideal del cual me gustaría ser interlocutor, es el sindicato que agrupe el cien por ciento de los trabajadores y en el cual participen en la toma de decisiones el cien por ciento de los mismos. De tal modo que de ninguna manera, bajo ninguna circunstancia, promoveré la organización de representaciones alternativas, pero tampoco lucharé para que éstas no se den, porque sigo pensando que la organización sindical debe darse por plena voluntad de los propios trabajadores. Y, por cierto, yo no tengo ningún elemento que permita suponer que algo de este tipo esté ocurriendo en la Universidad.

- Hugo Aboites: La decisión que puedan tomar algunos trabajadores académicos en este sentido, debería de enmarcarse, creo yo, en lo que hemos venido discutiendo. En un momento como el actual, en que el trabajo universitario está en crisis, entre otras cosas precisamente por la agresión que se le hace desde el exterior, la pregunta sería: ¿cuál es la mejor manera de enfrentar esta agresión?

Si la mejor manera es la de presentar un frente dividido, entonces una asociación de trabajadores académicos independiente del SITUAM sería una alternativa. Pero una asociación de este tipo, por lo menos en la experiencia histórica de nuestro país, sirve a un propósito muy particular que, usualmente, no va en la dirección de fortalecer el trabajo universitario. Por el contrario, e independientemente de las intenciones de muchos de sus miembros, estas asociaciones provocan una profunda división dentro de la propia institución.

En segundo lugar habría que decir que esta posibilidad -o al menos este rumor- demuestra una inquietud importante ante la cual no podemos tomar una actitud sectaria. Es decir, demuestra una inquietud respecto a la representación que tiene el SITUAM en los aspectos más específicamente académicos,

Aquí la respuesta es también muy clara y sencilla: la representatividad que pueda tener una organización como el SITUAM se da en la medida que se participa en ella, en la medida en que los asuntos que se dis-

cutan en el sindicato estén relacionados directamente con el trabajo universitario y sean vistos desde la perspectiva de los trabajadores.

En el SITUAM nos interesa un trabajo universitario fundamentado en la participación democrática, nos interesa un trabajo fundamentado en la profesionalización de los que lo llevan a cabo, nos interesa un trabajo en el que sean los protagonistas del proceso educativo y no un grupo de expertos en curriculum los que delinee los planes y programas de estudio. Un trabajo universitario en el que estudiantes y profesores puedan incorporar esta práctica cotidiana, y a veces muy dispersa, de participación en distintos órganos colectivos como una parte del proceso amplio y complejo que no se circunscribe a lo puramente académico, es un proceso en el que cada evento cotidiano tiene una repercusión en la formación de lo que es el estudiante y de lo que es el mismo trabajador.

-Sergio Reyes Luján: Quiero agregar algo con respecto a lo señalado por el Doctor Aboites. Coincido plenamente con él en que ésta no es una institución de instrucción superior, sino que es una institución de educación superior. Si fuera ésta una institución de instrucción superior, deberíamos tener otro tipo de organización. Para ser una de las instituciones de formación de cuadros que se incierten exactamente en los mercados que están por ahí, tendríamos necesidad, obviamente, de otro tipo de institución y, por cierto, la podríamos tener con mucho menor cantidad de recursos. Pero, justamente, se trata de una institución de educación superior.

En segundo lugar, también coincido plenamente con él en que es teóricamente difícil y en la práctica mucho más difícil separar los aspectos puramente académicos de los otros aspectos que deben preocuparnos. Aquellas personas que piensan que es posible elaborar un plan de estudios de la carrera de Física sin tener en mente una ideología, una política explícita o implícita, pero al fin y al cabo política, creo que están equivocados como yo lo estuve en alguna ocasión de mi vida. Creo que es precisamente la acción interdisciplinaria la que nos puede ir resolviendo varios de los problemas que aquí se han asentado. Pero más importante que ello -y creo que en esto hemos coincidido plenamente los diferentes integrantes de este foro- es la participación comprometida de todos y cada uno de nosotros.

Me parece que las tesis más afortunadas que hemos podido escuchar hoy son precisamente las que reclaman que la participación es el comprometerse en un trabajo y que, el hecho de que este compromiso sea a través de la participación, no implica que este trabajo no pueda ser muy eficiente, muy veraz, muy oportuno, muy riguroso.

Que la participación no implica, como lo mencionaba el maestro Gil, que además de cederse la capacidad de gestión se ceda la capacidad de control sobre esta gestión. Que la participación, como mencionaba el maestro Salazar, no está desvinculada de la eficiencia. Estoy absolutamente convencido de que esta participación comprometida de todos y cada uno de nosotros es la que va a permitir que la Universidad Autónoma

Metropolitana siga trabajando en esta época de crisis de todos tipos.

Es más diría que es la que nos va a permitir trabajar *a pesar de* esta crisis.

Por último, no concibo yo a la autoridad universitaria gestionando la obtención de mayores recursos si no cuenta con un apoyo de esta comunidad; y el apoyo de esta comunidad solamente puede darse a través de la activa participación de sus representaciones en los órganos colegiados.

-Maestro Salazar, si los estudiantes son extraídos por cesáreas de las preparatorias, ¿no es labor de las instancias académicas de la Universidad tratar de generar una conciencia participativa en los estudiantes, vacunándolos contra la decidia y la apatía?

-Luis Salazar: Por supuesto. El problema consiste en cómo instrumentar esta nueva conciencia. La verdad es que tanto el sindicato, como los partidos y como múltiples autoridades se han planteado este problema: ¿qué hacer ante la apatía a veces verdaderamente absoluta del sector estudiantil?

Creo que hoy empieza a darse -y es un fenómeno que me parece mucho muy positivo- un cierto despertar entre los estudiantes. Este despertar, sin embargo, igual que cualquier despertar, está lleno de confusión y debemos tener mucho cuidado en calificar o descalificar estos primeros intentos de movilización estudiantil. Pienso que el conflicto anterior nos deja una buena lección al respecto.

Qué ocurrió, por lo menos al nivel de lo que pudimos observar en Ciencias Sociales y Humanidades. Los estudiantes de pronto plantearon una alternativa: que el trimestre sea completo y continuo o que se suspenda el trimestre. Y cuando el ultimátum funcionó y no hubo trimestre, de pronto ciertos sectores empezaron a preocuparse porque iban a perder el trimestre y entonces plantearon cursos de verano, que era una solución francamente mucho más negativa, académicamente hablando, que la del trimestre chorizo, como se le puso en aquella ocasión.

La UAM tiene que buscar el modo para que el estudiante pueda sentirse no sólo un miembro, un número estadístico, un número de cuenta, sino parte integrante de una comunidad de la cual se puede sentir francamente orgulloso.

Yo insistiría en que el problema del cambio cultural es un problema nacional. Sin embargo, la Universidad puede tener alguna participación en este caso si empieza a promover una nueva forma de abordar los estudios. Lo cierto es que puede -y debe en mi opinión- tener la capacidad de plantear abierta y públicamente el problema de una educación general que desvaloriza el saber. Por qué en México el saber es algo secundario. Por qué no importa el saber riguroso, por qué el trabajo sigue siendo la penitencia que nos impuso quién sabe quién y a la que hay que rehuir a toda costa. Creo que es necesario discutir, incluso con el sector estudiantil, este problema y algunos otros más. ¿Qué significado tiene para ellos ser estudiantes? ¿Qué es ser profesionistas? ¿Qué es ser mexicanos

en la actualidad?

-Licenciado Luis Salazar, la enfermedad es comprendida y posiblemente erradicada por un conocedor libre y, en consecuencia, no imposibilitado por la enfermedad. Si el mal que hoy padecemos es cultural, ¿qué hacen los suficientemente sanos para aliviar a los muy graves? ¿Cuáles son sus recursos posibilitadores y cuáles sus obstáculos centrales?

Luis Salazar: La comparación me parece discutible. El término enfermedad, en todo caso, habría que tomarlo más en su sentido psicoanalítico que en el sentido médico. Es sabido que, en el psicoanálisis, si el paciente no se siente enfermo no puede ser objeto de una terapia.

Aquí habría que recordar cierta frase, espero que no demasiado usada: la vergüenza -decía Marx- puede ser un sentimiento revolucionario. Creo que este país necesita avergonzarse, necesita recuperar la dignidad y no porque sea responsable de haberla perdido. La historia no es un problema de responsables, ni de malos y buenos, y por eso la política tampoco puede ser vista como algo que ejercen los sanos sobre los enfermos. Aún más, habría que reconocer que las corrientes más progresistas padecen la enfermedad. Pero, repito, tomar conciencia de que la enfermedad existe es un primer paso hacia la transformación de la cultura.

Es en este sentido que yo hablo de una opción democrática de salida a la crisis. Una opción que, precisamente por ser democrática, sólo puede ser elaborada y llevada a la práctica por las grandes masas de este país. Porque cabe agregar que, lo más grave de la política que hoy desarrolla el nuevo régimen, radica en el desconocimiento de las graves desigualdades ya de por sí existentes en México. No creo que sea demagógico decir que la política monetarista en Argentina, incluso en Chile o en Uruguay, tuvo efectos nefastos para el nivel de vida de la población. Pero, aplicar una política monetarista en un país donde el nivel de vida era ya excesivamente bajo para las mayorías, me parece no solamente irresponsable, sino que raya en lo criminal.

-Doctor Aboites, ¿los movimientos del SITUAM han estado, están o estarán encaminados a reivindicar solamente a los trabajadores o también a la comunidad universitaria.

-Hugo Aboites: Antes que nada, hay una cosa que debe aclararse: la actuación de un sindicato se rige por una serie de normas legales que no determinaron los trabajadores directamente y, menos aún, los trabajadores del SITUAM. Estas normas pueden cuestionarse o no, pero el hecho es que existen y, en términos formales, un sindicato no puede lanzarse a un movimiento huelguístico por una reivindicación que afecta al trabajo universitario.

Sin embargo, en el conflicto de noviembre de 1981 -aquí quiero dar un ejemplo más que señalar un concepto-, fue muy claro para los trabajadores y para los estudiantes que estábamos enfrentando una fuerte agresión de parte del Estado contra la Universidad, contra su organización y contra el modo de resolver los problemas al interior de la propia institución. Así, aún cuando formalmente el movimiento huelguístico se refería

a una serie de violaciones al contrato colectivo, en la práctica representó un movimiento que también expresaba la indignación de muchos trabajadores por los procedimientos y conclusiones de las autoridades entorno a las condiciones pactadas entre el sindicato y la institución con anterioridad.

Habría que añadir que la posibilidad de reivindicar asuntos más directamente relacionados con el trabajo académico ha sido mermada por una legislación que especifica que los términos de ingreso, promoción y permanencia del personal académico, así como los planes de estudio de las distintas carreras, serán determinados por la Universidad.

Esta legislación pretende convertir a los sindicatos universitarios -no únicamente al SITUAM- en meras escobas guardadas en el rincón de la vida universitaria. Es decir, se quiere hacer de la organización de los trabajadores académicos y administrativos un mero aparato administrativo burocrático y arrancarle, por este camino, toda la potencialidad que significa el hecho de que el sindicato sea también un lugar para la reflexión de los trabajadores universitarios sobre su propio trabajo y desde la perspectiva de los trabajadores.

Tal reflexión resulta particularmente necesaria en un momento como éste, ya que la salida a la crisis debe ser aquella que permita a los trabajadores de este país tener mucho más claridad respecto a su propia fuerza y a su propia esencia como trabajadores. Dentro de una organización sindical, las prácticas democráticas están encaminadas precisamente a tal objetivo y consideramos que las prácticas universitarias democráticas deben apuntar en el mismo sentido. Me parece que de ello dependerá, en gran medida, que salga de este período un movimiento mucho más conciente de los estudiantes, un movimiento mucho más conciente y unido de los trabajadores.

-Sergio Reyes Luján: No es la primera vez que el Doctor Aboites y yo tenemos oportunidad de intercambiar opiniones sobre este tipo de cuestiones y quiero decir que a mí siempre me han interesado las afirmaciones que ahora acaba de repetir. Yo aseguro lo siguiente: antes de la reforma constitucional a la que hace referencia el Doctor Aboites, en la práctica los términos de ingreso, promoción y permanencia se establecían mediante un convenio de dos voluntades. La voluntad del sindicato, expresada a través de su representación, y la voluntad del Rector General. En la práctica así sucedía, aún cuando esta voluntad del Rector General también se transmitiera a través de un representante, que para estos propósitos es el Secretario General de la Universidad.

Era un convenio, entonces, de dos voluntades: el sindicato con todos sus agremiados y el Rector General. En la reforma constitucional esto pasa a ser un convenio de voluntades de 34 personas, de las cuales 21 son representantes de nuestra comunidad -nueve trabajadores académicos, nueve estudiantes y tres trabajadores administrativos- y 13 corresponden a órganos personales.

Yo aseguro que hubo muchas menos dificultades al establecerse por un grupo compuesto por 21 representantes y 13 órganos personales el

reglamento de ingreso, promoción y permanencia. La posibilidad de que este convenio de voluntades fuera matizado muy fuertemente por el Rector General en turno disminuyó sensiblemente con la reforma constitucional, puesto que el Rector General en turno ahora es un voto entre 34 posibles.

En la práctica, esto resultó mucho más sencillo que si hubiéramos continuado con el esquema anterior.

-Hugo Aboites: Lo que sucede en la práctica es que la administración del contrato está a cargo de una voluntad y en este contrato se establece precisamente cuáles son los términos de ingreso y promoción del personal académico. Ocurre así que el Colegio Académico determina una serie de articulados ante los cuales nosotros, como organización de los trabajadores, tenemos una alternativa: aceptar lo que el Colegio Académico ha determinado o sencillamente no integrar dentro del contrato colectivo estos articulados.

De este modo, el problema no radica en el número de voluntades; el problema estriba en quiénes tienen capacidad de participar en algo que, claramente, es un aspecto laboral. Hoy, la participación de los trabajadores en este asunto se restringe a avisar que algo está mal. Ni siquiera, como sindicato, podemos detener el proceso cuando encontramos alguna irregularidad. Insisto, por ello, en que el problema no es de cuántos, sino en qué calidad, con qué grado de representación..

- *Doctor Aboites y Físico Reyes Luján. Las Universidades son la vida académica profesional y la cimentación de futuras estructuras para el país. ¿No es más importante la optimización académica en la Universidad a que ésta se vea envuelta en movimientos que perjudican la vida académica y, a largo plazo, los objetivos de la propia institución.*

-Hugo Aboites: Si se me pregunta si un movimiento de huelga obstaculiza o no el desarrollo académico, yo respondo que claro que sí lo obstaculiza. Pero si vemos el problema a este nivel microscópico me parece que estamos perdiendo el panorama completo.

La verdad es que en México han existido propuestas, reformas y orientaciones educativas precisamente en los momentos en que los trabajadores se han movilizado y gracias a que se han movilizado. Ejemplos significativos de esto que digo se dan con el movimiento magisterial en el período cardenista o con la movilización dentro del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación en 1978 y 1979.

En ambos casos se empieza por algo tan básico como lo es una reivindicación salarial. Pero la dinámica misma de la movilización inmediatamente hace discutir al magisterio el problema de la orientación de la educación que ellos mismos imparten. Esto es, una vez que el trabajador de la educación se reconoce como asalariado, se cuestiona también el papel que está cumpliendo ya no sólo respecto a un patrón, sino también respecto a aquél que le determina cómo debe ser el proceso educativo.

En contrapartida, cuando a partir de la década de los cuarenta se golpea la movilización de los trabajadores de la educación nos encon-

tramos, primeramente, con un deterioro en las condiciones de vida y de trabajo de los maestros. Por una parte, los sueldos del magisterio se reducen hasta en un 40 por ciento respecto al nivel que tenían en 1925, año en que se inició la Secretaría de Educación Pública. Por otra parte, y esto también es muy grave, el número de alumnos por maestro aumentó significativamente, de tal manera que de la proporción que se tenía en 1925, alrededor de 30 alumnos por maestro, se pasó a un promedio de entre 43 y 45 y hoy todavía, a nivel primaria, anda cerca de 38 alumnos. Una proporción mayor, por cierto, a la que tenía Fulgencio Batista en Cuba en 1958.

Pero además, este período que va de 1945 a 1965, representa para la educación mexicana una larga y profunda noche en la que no hay ninguna reforma importante ni nada que valga la pena resaltar, a no ser el fuerte impulso que toma la privatización de la educación.

Volviendo al caso concreto de las universidades, con una reducción del presupuesto como la que se ha mencionado, lo que estamos presenciando es una agresión contra el trabajo académico. Y cuando en estas circunstancias los trabajadores se lanzan a un movimiento huelguístico por mejoras salariales, lo que están pidiendo, en el fondo, es más dinero para las universidades. No podemos decir que la lucha por el salario sea contradictoria con la lucha por el subsidio. Yo diría que son perfectamente compatibles y aún más, que se complementan.

Para que el trabajo académico se sostenga necesita una fuerza, como ya lo expresaba uno de los ponentes. Y esa fuerza la tienen que dar los trabajadores organizados, los estudiantes organizados. En este sentido, en lo que toca a la decisión de lanzarse o no a un movimiento de huelga, creo que la disyuntiva que se presenta a los trabajadores es muy clara: o hay una respuesta de nuestra parte o, sencillamente, no la hay y nos ponemos a esperar lo que el Estado quiera otorgarle, graciosamente, a las universidades.

Quiero aclarar, así mismo, que no se trata de aventuras. En mayo pasado, los trabajadores de la UAM nos lanzamos a la huelga sabiendo que los compañeros de la UNAM habían iniciado ya su movimiento y que, incluso, se les habían ofrecido mil 750 pesos de aumento salarial. Sabíamos también que numerosos sindicatos universitarios de provincia estaban en huelga y que era posible que se dieran una gran cantidad de estallamientos, como en efecto ocurrió: cinco mil estallamientos que, obviamente, representaban un respaldo a nuestro movimiento.

Así, desde la perspectiva de completar mi plan de estudios para este trimestre, obviamente que una interrupción de labores afecta el desarrollo académico. Pero lo afecta momentáneamente. El gran golpe que estamos recibiendo, ese lo va a afectar todavía mucho más.

- Sergio Reyes Luján: Obviamente estoy de acuerdo en que este tipo de movimientos de huelga afectan y seriamente a las funciones académicas de la Universidad. También coincido en que las malas condiciones de vida de los trabajadores universitarios afectan todavía más a las funciones académicas de la Universidad.

Una vez más coincido con el Doctor Aboites en los dos puntos centrales que él maneja. Mi tesis adicional para contestar esta pregunta es que, lo único que afecta todavía más que estas dos cuestiones a las funciones académicas, es la falta de compromiso con la institución. Es evidente hoy en día -y lo ha sido desde hace mucho tiempo- que aún cuando tuvimos las mejores condiciones de trabajo, no logramos la mejor calidad en nuestras funciones académicas. Por muchos motivos pero, esencialmente, porque aún siendo los profesores de tiempo completo mejor pagados de todo México, de todas maneras teníamos profesores que no se comprometían con la institución, que no cumplían con sus horarios de trabajo, etcétera.

No me pidan ustedes que diga la proporción en que afectan estas cuestiones, pero por la vida universitaria que yo he llevado durante 23 años creo que es este problema el que más afecta las funciones académicas de la Universidad.

UAM
LE7
M563
U4.5

2894472

La UAM en la crisis / Rey



2894472

INDICE

PRESENTACION, 3

LA UAM, SITUACION Y PERSPECTIVAS, 5

Sergio Reyes Luján, 7

Hugo Aboites, 12

Eduardo Campero, 17

Luis Salazar, 19

Manuel Gil Antón, 23

REPLICAS E INTERROGANTES, 27

La UAM en la crisis se terminó de imprimir el 7 de diciembre de 1983. Se tiraron 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición en los Talleres Gráficos de la División de CYAD Azcapotzalco. El cuidado de la edición estuvo a cargo de José Luis López Martínez. El diseño de la portada es de Roberto López y el diseño editorial de Alberto Hernández y Gregorio Olvera.

- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrega del libro

Para la medicina hipocrática, según Nicola Abbagnano, se entendía por crisis "la transformación decisiva que se produce en el punto culminante de una enfermedad". En la vida de las sociedades, y más allá de los conceptos, es claro que la crisis es un momento en el que, en medio de la confusión del presente, las sociedades revisan su historia y se ven urgidas a redefinir radicalmente sus proyectos.

Cuando una nación atraviesa por un período de crisis profunda como el que nos afecta, nada ni nadie puede escapar de sus repercusiones. En este sentido, las universidades no son la excepción, y es por ello que los universitarios también se preguntan por el significado de la crisis, por sus alcances y por las alternativas de salida hacia otros modelos de desarrollo.

La División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UAM Azcapotzalco realizó los días 27, 28 y 29 de junio de 1983 un Foro de Análisis y Evaluación, iniciando sus trabajos con el Panel *Situación y Perspectivas de la Universidad Autónoma Metropolitana*. Las ponencias de los participantes y sus intervenciones en la ronda de preguntas y respuestas constituyen el material de este volumen en el que Sergio Reyes Luján, Rector General de la UAM, Hugo Aboites, Secretario General del SITUAM, así como Eduardo Campero, Luis Salazar y Manuel Gil Antón, miembros de las tres divisiones de la Unidad Azcapotzalco de esta Universidad, reflexionan en torno a una pregunta: ¿cuáles son las perspectivas de la UAM en el contexto de la educación superior?